

"El duque de Reischstadt le inspiró — a la archiduquesa Sofía — una amistad tan tierna, que se sospechaba que había sido su amante, la única mujer que diera al desventurado **Aguilucho**, la plena revelación del amor. Cuando, el 13 de junio de 1832, pocos días antes de su muerte, el duque recibió los supremos viáticos, Sofía comulgó al lado del agonizante para atraer la bendición divina al hijo que llevaba en el seno, y que debía ser el archiduque Maximiliano, el futuro emperador de México. ¿Hay que ver, en esta comunión simultánea, un matrimonio espiritual *in extremis*, y hay que concluir de él, que el rey de Roma era padre de Maximiliano?" Sin embargo, Paléologue pone el reparo de que, para la época de la concepción, el duque "ya estaba consumido por la tuberculosis, extenuado por la tos, la fiebre y los sudores"; así como de que el barón de Prokesch-Osten, su confidente más íntimo, testimonia que: "El duque de Reichstadt bajó a la tumba sin conocer mujer".

Como quiera que sea, para la época a que nuestro relato se remite, completa está ya la banda de aventureros, de renegados y de bastardos que se disponía a precipitarse sobre México, cual una ronda de aves de rapiña, prestas a devorar, impunes, una presa todavía enjundiosa, aunque herida, agotada, derribada, sangrante y expirante.

Pero de Maximiliano, lo mismo que de otros personajes que por aquí desfilaron, hemos de ocuparnos in extenso, como cabeza visible y como víctima propiciatoria del transitorio y trágico segundo imperio mexicano.

## El audaz que cambió un trono por un perjurio

Luis Napoleón, frecuentador familiar de vitandos lenocinios — Captúrasele en una redada de malvivientes — Su convencimiento de la grandeza que su estrella le deparaba — Para verla realizada no hay barrera que le intimide — Deplo- raba que los Bonapartes murieran jóvenes y en el des- tierro — Aunque abismado en el infortunio prometía saldar favores cuando fuera emperador — Tenta- tiva revolucionaria de Boulogne y estrepitoso fracaso — Ni prisionero le abandonaba su alu- cinante ilusión — Despunta al cabo la auro- ra de su exaltación — De cómo doraba la píldora de sus verdaderos designios so- bre México — Con la Montijo fué por lana y salió trasquilado — En un archiduque nostálgico de poder descubre al instrumento de sus maquinaciones.

CAPITULO IX

EL AUDAZ QUE CAMBIO UN  
TRONO POR UN PERJURIO

"Cuando se mide al hombre y se le halla tan pequeño, y a continuación se mide el éxito y se le encuentra tan enorme, es imposible que el espíritu no experimente sorpresa alguna. Uno se pregunta: ¿cómo ha hecho?"

VICTOR HUGO.

**U**NA de las carreras políticas más inusitadas e increíbles, entre todas las de aquellos personajes que, por sus infamias o por sus aciertos, han requerido un sitio en las páginas de la historia universal, es, sin lugar a duda, la de aquel príncipe, de no bien definida paternidad, que llegó a ser Napoleón III emperador de los franceses.

Y todavía más maravillosa, si se detiene uno a reflexionar un poco sobre su indolencia, sobre su desidia, sobre su molicie, que todos entre sus características le reconocen. "La laxitud moral era en él mayor que el cansancio físico". "Soñador irresoluto y fatalista".

HABITUAL FRECUENTADOR DE LOS PEOR  
AFAMADOS HOTELUCHOS DEL PARIS LENON

Como hombre, no era más que un despreciable crápula, un perverso de instintos canallescios, un merodeador de bajos placeres en los sórdidos tabucos de la prostitución barata.

Pudo quedarse en simple y equívoco malviviente vigilado por la policía, pero la caprichosa fortuna le llevó a empuñar un cetro y en el poder le sostuvo por más de cuatro lustros; a partir del momento en que se tuerce el rumbo de su destino; y, empezando por ascender a la presidencia de la República Francesa, acaba traicionando los principios más ostensible y ruidosamente por él mismo preconizados y, erigiéndose en el amo absoluto de un gran pueblo, —más tarde habrá de influir decisivamente en la suerte de toda Europa—, ciñe la corona imperial.

Alejado casi de continuo de su padre, aquel pobre rey Luis de Holanda, indulgente esposo, a quien como ya se ha visto sorprendió el nacimiento de Luis Napoleón, al extremo que se desató en las más fogosas protestas, porque la paternidad del recién nacido era atribuída al almirante Veruel, —como con posterioridad la del duque de Morny se imputó al general conde de Flahaut—, la fisonomía moral acabó de serle moldeada por la casquivana reina Hortensia, su madre.

Luis Napoleón, empecatado libertino, ni en sus días de más deslumbrante esplendor consiguió despojarse de aquellas sus inclinaciones de juventud, que tan intensamente habíanle hecho saborear con urente fruición, las tóxicas exorbitancias del vicio plebeyo y mercenario.

La crónica escandalosa ha conservado pruebas palpables de sus canallescias propensiones.

"Llegado a Francia en 1831 con autorización de Luis Felipe, afirmase que frecuentaba los chiribitiles de la calle Moufetaud y de la plaza Maubert, mientras hacíase aparecer como enfermo y encamado. Gustaba del espectáculo del desenfreno, espectáculo que seguramente ofrece su interés, ya que hay numerosos novelistas que, para documentarse, se despojan de todo temor. Y bien sabido es que Luis Napoleón no dejaba de tener sus coqueteos con la literatura.

LLEGO A CAER EN UNA REDADA DE  
MALVIVIENTES COGIDA EN UN CUBIL

"El 7 de mayo de 1831, el diletante apasionado de las comilonas con dipsómanos y meretrices, de las grescas bodegoneras, de los solaces galloferos, fué arrestado en un hotel sórdido y conducido a Sainte Pélagie. Vestía una blusa sucia y se calaba una gorra de chulo. Pero se le identificó, y Casimiro Périer, entonces ministro, hizole caer en la redada y vigilar muy estrechamente. ¿Cómo explicar semejante vestimenta? De qué extrañas orgías era concurrente, como espectador o como héroe? Jamás se llegó a averiguarlo. Como el asunto trascendía al público, su madre, la reina Hortensia, pretendió que algunas veces se disfrazaba de aquella guisa para estudiar de más cerca, sobre lo vivo, el pauperismo, al cual consagró él un volumen. Eugenio Sue, ahijado de la reina Hortensia, utilizó este singular episodio en los **Misterios de París**".

Pero sus escapatorias por los tabucos de la Venus tarifada, por las encrucujadas de la rufianería más execrable, no apartarán un punto a Luis Napoleón de sus actividades de tenaz conspirador. Su pertinacia a este respecto, es sencillamente pasmosa; gracias a ella varió la derrota de su fortuna, y desde los cubiles de la más infame malvivencia encaramóse al solio imperial.

TENIA LA CONVICCION DE QUE ESTABA  
LLAMADO A SER UNGIDO EMPERADOR

Fracasos de que otros hubieran salido aniquilados, no consiguen quebrantar su perseverancia ni su fe en el resultado final. Con razón alguien tuvo el acierto de llamarle "obrero de su propio destino". La convicción del triunfo final de sus ambiciones, nos le hace aparecer, en este particular, como un vidente.

Porque si en todos los demás aspectos de su carácter, muéstrase perezoso en la volición, indeciso en la acción, somnoliento en la realización; cada vez que conjetura llegado el momento de adueñarse del poder, sacudirá su habitual flemma y se lanzará a la lucha temerariamente.

Ni treinta y tres años de exilio con un paréntesis de seis años de cautividad, influirán para hacerle desistir de su designio; porque incubaba la fe de un predestinado.

Y como buen político, o como buen clínico, términos que a la postre acaban confundándose, atropellará con todo; sin pararse en medios triturará todos los obstáculos que le cierren el camino; pisoteará hoy los principios que ayer como buenos proclamaba, y sin el menor escrúpulo, conspirará, infatigable, para derrocar al hidrópico monarca que, al depararle Nueva York por destierro, otórgale, magnánimo, un socorro en metálico —quince mil francos en oro—.

#### OBCECADO EN LA IDEA DE ADUEÑARSE DEL PODER NO HABIA BARRERA QUE LE DETUVIESE

Hojeése su biografía o su correspondencia y se palpará la seguridad con que avanzaba hacia su victoria, próxima o lejana, pero indubitable.

No consideraba una barrera la cláusula aquella de la ley de 12 de enero que desterraba para siempre del reino a los miembros de la familia del Gran Corso. Rezaba así: "Los ascendientes y descendientes de Napoleón Bonaparte, sus tíos y tías, sus sobrinos y sobrinas, sus hermanos, sus mujeres y sus descendientes, quedan excluidos del reino perpetuamente y están obligados a salir de él en el término de un mes bajo la pena marcada en el artículo 9o. del Código penal".

Ley que incluía también la proscripción de los regicidas, pero mejor fué derogada en esto, el 2 de septiembre de 1830, que en lo que alcanzaba a la familia Bonaparte; cuyos bienes, por añadidura, estaban en Francia confiscados.

A despecho de las adversidades más aniquiladoras, su madre, la reina Hortensia, no se dejaba tampoco desarmar por ellas, y a principios de la década del 30, impávida, escribía: "Ha nacido para llevar a cabo grandes cosas".

Y él mismo, el 30 de enero de 1834: "Sé que significa mucho por mi nombre, pero todavía nada por mí mismo; aristócrata de nacimiento, demócrata por naturaleza y por opinión, tachado de ambiciones personales tan luego como doy un paso fuera de mi esfera acostumbrada, o motejado de

apatía e indiferencia si permanezco en mi rincón, inspirando por fin temores, a causa de la influencia de mi nombre, lo mismo a liberales que a absolutistas, no tengo amigos políticos sino entre aquellos que, habituados a los azares de la fortuna, creen que entre las probabilidades del porvenir puedo llegar a ser un factor útil".

#### DEPLORABA QUE TODOS LOS JOVENES DE SU SANGRE SE EXTINGUIERON EN EL DESTIERRO

Cuando recibe la noticia del fallecimiento del duque de Leuchtenberg, esposo de la reina de Portugal e hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais, primo suyo por lo tanto, Luis Napoleón confía al papel estas consideraciones: "Todos los individuos jóvenes de la familia Bonaparte mueren en el destierro como los vástagos de un árbol trasplantado a un clima extraño; morir joven es a menudo una fortuna, pero morir antes de haber vivido, morir en el lecho, de enfermedad, sin gloria, es horroroso".

En la proscripción de Arenenberg, llegaba a sentirse "elevado a bastante altura para que uno de los rayos moribundos del sol de Santa Elena pudiera iluminarlo", y se figuraba que la sangre de Napoleón iba a conducirlo al palacio de las Tullerías.

A su abuela, Leticia Remolino, la inteligente madre de Napoleón I, escribía el 1o. de junio de 1835:

"Podéis figuraros cuán grata impresión me ha causado la bendición de la madre del emperador, a quien venero como a un dios y a cuya memoria dedico el culto más fervoroso... Adiós, querida abuela, estad persuadida de que nadie comprende mejor que yo todos los deberes que me impone el gran nombre que tengo el honor de llevar, y que mi única y sola ambición consiste en mostrarme digno de él".

#### AUN A RAIZ DEL REVES DE ESTRASBURGO ESCUCHABA UNA SECRETA VOZ IMPERATIVA

En la ridícula y desastrosa tentativa de Estrasburgo, que se epiloga de la manera más lamentable para Luis Napoleón —tras del revés el destierro—, el príncipe circula un manifies-